

ANTONIO COLINAS

MEMORIAS DEL ESTANQUE

 Siruela

Libros del Tiempo

Índice

Memorias del estanque	11
Un valle, dos valles (Apéndice a unas <i>Memorias</i>)	295

*Frente a la puerta,
las aguas profundas del estanque.*

ZHANG ZI

*¡Ay! La verdadera fuente de la vida está junto a ti,
y has levantado una piedra para adorarla.*

KABIR

Con estanque de luz, más allá.

YORGOS SEFERIS

Yo fui un niño muerto. El agua me devolvió a la vida. Ardía el aire de agosto y ardía mi cuerpo a causa de la fiebre. Me humedecían los labios levemente con un algodón. Pero no bastaba: el cuerpo no respiraba. Todos lloraban. Sin embargo, llegó la tormenta de agosto. Llovía con fuerza y la humedad se posó en mis ojos y en mis labios: hasta mi piel. El niño muerto se levantó sin ayuda del lecho. Y sonreía.

*

Estanque de la isla: tú me revelas hoy este hecho primero desde tu soledad, con tu serenidad, con tu silencio verde. Tú despiertas aquello que fue en mi vida *viaje interior*, aunque no me permitas ir demasiado lejos con los recuerdos. Porque todavía debo ir *más allá*. Tú me vas a ayudar en este diálogo que los dos vamos a entablar. El temblor de tu agua me hablará sin palabras, me desvelará la memoria de cuanto fue esencial en mi vida.

*

El agua de mi infancia no era como la de este estanque que ahora contemplo tantos años después en una isla: agua serena y levemente esmeralda. Detrás veo el cielo muy azul y tres grandes árboles: un algarrobo, un cerezo y un olivo. El agua de mi infancia fluía. Mi infancia era un río y, cuando regresé a la vida de aquella muerte temporal, todo discurría en mi infancia como la corriente de mis ríos

leoneses, o temblaba como las hojas de los álamos. Ahora creo que tengo la suficiente paz para mirar en la serenidad de este estanque de la isla y ver lo que esencialmente fui. O escuchar lo que él me responde a mis preguntas.

*

Me abismo en la hondura. Recuerdo la primera vez que supe de la Sombra. Fue en aquella casa primera, grande y destartada. En la alcoba había unas cortinas que de noche temblaban sin motivo y en las que yo veía, medroso, figuras imprecisas e indescriptibles. O en el gran desván, al que nunca me gustaba subir. Pero también en aquella casa supe lo que era la luz: en la yuca del patio empedrado, en la gran pila en la que nos bañábamos en verano, en el jilguero que dejé escapar de la jaula, en un cuaderno que compré en secreto y que no sabía para qué, porque lo abría a solas en el soleado corredor, tumbado sobre un colchón de hojas de maíz, que crujía dulcemente. No sabía qué escribir aún en aquel cuaderno porque me vaciaba la soledad y el silencio de la hora de la siesta, que había que guardar religiosamente; o porque la *palabra* todavía no se me había revelado. Pero en aquel momento descubrí la luz y era como si la luz, que descendía del Monte Urba, escribiera por mí palabras de luz en aquel cuaderno. Algunas noches subía al templo para robar algunas de las flores de su jardín para el altarcito que había instalado debajo de la escalera, o para escuchar el sonido de la lechuga en la torre.

*

Me llamaba la última pero la más intensa luz, la del ocaso, la que estaba más allá de los montes. A ella me llevaron. Era la luz de un valle rodeado de montes. Allí la luz tenía un aroma que sanaba más apresuradamente al niño que había revivido. Aroma de jara, de romero y de encina. También allí descubrí la luz que emanaba de las piedras de las ruinas y voces que susurraban me abrieron a los cuentos y a las leyendas del lugar. Y si no ascendía a los montes, el rebaño me traía al anochecer el monte en el aroma agreste de la lana. Allí, las leyendas y los cuentos que me susurraban en la alcoba me despertaron el alma.

*

Vuelve luego el recuerdo de otro viaje posterior: el primer viaje de mi vida que hice solo en un autobús. Mis padres me dejaron en él y otra persona me esperaba a mi llegada. No sentía angustia (esta solo llegaba aquel primer día, al caer la noche, ya en la casa) sino un sublime placer, al ver cómo discurrían los paisajes ante mis ojos, tras la ventanilla: las sierras, sus montes y valles, el encinar, las rocas enormes. Luego había un momento en que, desde la última cima, se divisaba abajo el pueblo, como un pájaro posado en el último sol rojo del valle, circuido por el nido de las sierras. Había sido un viaje sencillo pero inolvidable: el primer viaje físico (¿o *interior*?) de mi vida. Quizá por eso no he podido olvidarme de él: porque quedó sembrado en mi interior como una *semilla* de infinitud. Y permaneció una lección: la de que el mundo, como para el poeta sufí, era un hermoso y misterioso libro abierto que solo había que leerlo para interpretarlo. Ante ese paisaje-libro, la mente no pensaba, solo sentía, solo *aceptaba*. Fue el momento de las primeras contemplaciones, del contemplar, tan importante para un escritor; es decir, del *templarse-con* lo que nos rodea. El ser conscientes de que nos hallamos inmersos en la infinitud.

*

Pero en aquellas noches, arriba, con el pueblo a oscuras, había otro río que fluía: era el del firmamento. No he podido sanar todavía de aquella dulce herida que en mi mirada dejaron los astros. Nada he aprendido después que aquel firmamento abismal no me hubiese enseñado. Desde entonces, yo también fluyo con la Vía Láctea. O ella fluye en mi interior en los momentos de pesar. Creo que soy para la trascendencia porque recibí aquella llamada de arriba en la infancia. Sin embargo, hay dos momentos en mi vida —lo comprendo ahora— en los que se dio en mí esa «iniciación cósmica y estética hacia los astros y las constelaciones» que algunos no comprenden, sobre todo las personas de cultura urbana: aquellas noches de mi infancia en Fuente y aquellas otras más fundamentadas de mi adolescencia en la sierra de Córdoba.

*

Algo tiene este estanque de la isla de aquellas lagunas primeras de entonces. Me miraba en la más pequeña, la que se formaba con el agua clara de la fuente, la que se hallaba rodeada de juncos. Al lado estaba la fragua de mi abuelo el herrero. En ella descubrí el fuego y el amor de la sangre de los míos. Manaba la fuente con su agua de sabor ferroso y ni el pequeño estanque ni sus juncos se turbaban. En el fogón ardía el fuego avivado por el gran fuelle y se ablandaba el hierro: lo más duro. Tantos años después descubriría las escorias de entonces bajo el techo hundido. Por el ventanuco, veíamos las lavanderas, las viñas, la pradera, los huertos diminutos y mimados. Pobreza luminosa.

*

La memoria de la tierra natal en confluencia con las primeras contemplaciones, la raíz, la fuerza de la sangre, las palabras que fueron cuento y leyenda, que moldearon los sueños. Hoy me pareció que se cerraba en mí otro círculo: el de la sangre de mis antepasados. Seguramente observando a mi hermano José, al que también veo renacer en las grandes piedras que coloca, en las parras que mima en su casa, junto a sus hijos y nietos. Otras veces se sienta y, desde la galería, contempla la cima trapezoidal del castro prerromano como un símbolo que también a él le salva. O la sangre puede ser la de mis tíos, que me susurraban —en la penumbra de la alcoba, antes de dormir, en los veranos— cuentos de lobos y de princesas moras que se peinaban a la entrada de las grutas a la luz de la luna. O la de mi abuelo, que despertaba sus sueños y notas musicales con su salterio en las rondas nocturnas y que de día moldeaba generosamente, las más de las veces sin cobrar su trabajo, el hierro al rojo vivo. O la de mi tío, que me enseñaba en nuestros paseos los nombres de los montes y de los valles. Hoy me parece que esta agua que ahora contemplo era la de entonces, algo así como las *raíces* de mi sangre.

*

Otoño de los frutos. Yendo hacia un monte, descubrí en un almacén una montaña de manzanas que embalsamaban el aire. Pero cuando pasaba las dos sierras, ahora la pequeña montaña era de racimos de

uvas en lo profundo de una bodega. El otro fuego: el del mosto morado, el del vino en el lagar. Otra vez el encuentro con las sombras profundas de las «cuevas». El fuego débil de los candiles que iban y venían flotando como espíritus por los pasillos de tierra amarilla, como si hubiese descendido a aquella oscuridad el sol sobre las mieses de las eras. Soles de oro estaban sepultados bajo la tierra, en lo hondo de las cuevas. Fuera crujían, al ir y al retornar, las ruedas de los carros en los guijarros del camino. Y arriba parecían crujir también, de tan puras, las estrellas.

*

Hundo los ojos en el estanque y la realidad es doble; no sé si es la de sus orillas arboladas o la que se refleja en el agua, la de hoy o la del ayer. Hundo la mirada y me siento arrastrar por un río. Me viene la lectura de *Robinson Crusoe*, el primer libro-libro que leí. Revivíamos aquel relato en la cabaña y en la balsa que habíamos construido en la espesura con los amigos, en aquel punto en que la zaya de los molinos desembocaba en el río. Por ella subían y bajaban las nutrias con sus lomos lustrosos. Todavía no sabía entonces que literatura y vida solo eran y serían para mí una misma cosa. El libro se hacía vida en la espesura de los chopos y mi vida parecía no tener sentido sin aquel libro y, a la vez, sin aquella naturaleza que me revelaban los ríos de mi infancia. El firmamento, la naturaleza: dos revelaciones primeras y para siempre.

*

Otro tesoro, otros libros: los de la biblioteca municipal. Otro paraíso. No el del verdor, sino el del silencio de los libros en los estantes, que me esperaban. No era descubrir un tesoro, sino una infinidad de ellos. Siendo un tesoro, no poseían la dureza y la frialdad del oro. Oro eran, sin embargo, las páginas y las letras que, al abrirlos, me revelaban otros *mundos*. Vivir de nuevo para la trascendencia a la que otros seres antes habían sido fieles con sus sueños hechos palabras en los relatos y poemas, o con los colores en los cuadros. Era primavera y estaban abiertos los balcones. Fuera, de la plaza, ascendía una música y de las grandes acacias en flor subía su aroma hasta mis ojos fijos en los libros. ¡La plaza Mayor de mi infancia! A veces oigo aún, a muchos kilómetros de distancia, el sonido de las campanas de nuestra torre, inconfundible con cualquier otra. Como

a ti, estanque, yo le pregunto a la plaza Mayor, cuando regreso, por el que fui y me responde que hasta mis quince años ella sabe todo de mi vida, aunque ya no esté ni el templete, ni la fuente, ni las acacias de entonces, ni me acorrale el miedo a los dos gigantones y al toro de fuego en los soportales en los días de fiesta. Aquel «toro» que, como un demonio en llamas, acosaba a la multitud que huía atemorizada para refugiarse en los hondos portales.

*

Me reprochan los míos que siga ensoñando la ciudad de entonces, llena de huertas y con unos ríos de aguas claras; agua que bebíamos mientras nos bañábamos; ciudad rodeada de pequeños microcosmos, como el del Monte, el Jardinillo o el Parque, más unido este último a mi bicicleta y a mis lecturas en solitario bajo el gran paseo central arbolado. Llevo todavía en mí el aroma del tomillo y de las rosas nocturnas del Jardinillo. Muy cerca de él estaba la estación de ferrocarril, de la que un día partió el último tren que ya no regresó. Recuerdo que cada día, nada más comer, nuestro padre nos llevaba de paseo unos momentos, a mi hermano y a mí —antes de que él volviera al trabajo—, al Jardinillo y luego a la estación, a ver un tren que llegaba a aquellas horas soltando nubes de humo y carbonilla, siguiendo hacia el sur la Vía de la Plata.

La estación: un lugar más unido a las lágrimas que a las alegrías, a decir verdad. Allí vi las lágrimas de mi madre por vez primera, cuando me fue a despedir, cuando dejé la ciudad y la casa a mis quince años. También por aquella estación de mi infancia había salido mi padre un día para cumplir, en tierras andaluzas, con su servicio militar, pero no sabía que los de su promoción iban a hacer una mili ¡de cuatro años!, pues, al poco de llegar a su destino, estalló la Guerra Civil. Salió de esa estación seguramente animoso y volvió a ella en 1939, acabada la guerra, muy feliz por el regreso a la casa de sus padres. Pero él no esperaba que, al bajar del tren, se iba a encontrar con una persona que, con la mayor de sus inocencias, le diría: «Siento la muerte de tu madre. Has venido para el funeral, ¿verdad? Pero no has podido llegar a tiempo. La enterraron ayer». Ese fue el punto final para mi padre de aquellos cuatro años, de una guerra de la que volvía con la conciencia tranquila, pero que recordaba siempre con aquel amargo desenlace familiar final. La estación de las lágrimas; pero también la de aquel aroma del tomillo que borraba cualquier pesar y que fue en mi infancia un territorio

con sus pequeños tesoros: el del contacto con la naturaleza, con los buenos amigos, con los libros. El Jardinillo y el Parque, lugares para la iniciación a tantas cosas.

*

Volví a ver las lágrimas de mi madre un año después. Mis padres me habían ido a buscar a Madrid. Regresaba de mi primer año en el sur y salieron a mi encuentro. Pero, al parecer, yo ya no era el que había sido; había sufrido en pocos meses una especie de metamorfosis: la de la adolescencia. Yo ya no era aquel niño-ángel de la fotografía de mis diez años, la que aparece en la cubierta de mi libro *El crujido de la luz*. No, mi rostro, mis ojos, ya no tenían aquella serenidad y dulzura que hace de los niños ángeles en la tierra. Quizá por eso mi madre lloraba y yo ahora respondía con palabras confusas, enervadas palabras, a cuanto antes habían sido sentimientos. Estaba naciendo una vocación y esta tenía que llevarse por delante hasta a la misma infancia. (De momento, claro, pues yo entonces no podía saber que en nuestra infancia está la raíz, el origen de todo).

Pero estoy pidiéndote, estanque, información sobre los primeros años de mi vida y yo mismo ya he dicho algo sobre ella, sobre lo que pasó antes de mis diez años en ese libro que he nombrado: *El crujido de la luz*. Quizá en él ya están muchas respuestas, sobre todo la de que tuve una infancia feliz y en un medio humilde, pero natural, que facilitaba esa felicidad. En ella ya estaban los símbolos que aún nos salvan: el río, el monte, el jardín, la huerta, la Vía Láctea, los árboles, las torres de los dos templos, los caminos, la casa, la plaza Mayor y sus soportales, los amigos, la biblioteca y sus libros, o aquel cuaderno con las páginas en blanco que estaba esperando no las palabras escolares, sino la *palabra*: la que ilumina, y sana, y salva; la que solo la metamorfosis de aquella convulsa adolescencia me podía traer: la palabra *nueva*.

Era la infancia del niño-ángel que aparece en la cubierta del libro. La expresión «niño-ángel» era de mi madre, claro. También hay como una huella angélica y un aura sobre nuestras cabezas —esa de las estampas infantiles de aquellos tiempos— cuando en otra de las fotos yo tengo cogida la mano de mi hermano José. Él aún era muy pequeño, pero en aquel gesto ya se revelaba esa otra fuerza que nos imanta: la del amor. Luego, en otra foto, mi mano agarra la de mi hermano poco antes de dirigirnos al colegio; o después de salir de él, pues en mi otra mano hay una cartera y en la espalda de

mi hermano un cabás. Un cabás que, por cierto, todavía conservo, como la máquina de cine NIC o un cuaderno escolar de los siete años. Seguramente ese día veníamos de la casa de Víctor, el fotógrafo. Pero este nombre me arranca precisamente de aquel tiempo de antes de los diez años.

*

En aquellos tiempos de carencias, la biblioteca municipal no solo estaba bien surtida, sino que la cultura nos llegaba por otros canales menos aparentes. Con los adolescentes inquietos, Víctor el fotógrafo no solo hacía un alto en su trabajo para mostrarnos su agilidad y vigor en el gimnasio que había montado en su patio. Sus ejercicios con las anillas y el levantamiento de grandes pesas eran motivo de nuestro asombro. Otras veces, nos describía sus recuerdos de niño en la Guerra Civil y, especialmente, el de los trenes que descendían llenos de mineros armados a tierras de Castilla. (Esta función también la cumplían las diatribas, aunque siempre contenidas y educadas, del periodista José Luis Baeza en la plaza Mayor, o en algunas de las apartadas tascas de la ciudad, o en el taller de la imprenta de *El Adelanto*, nuestro semanario local, al fondo de la Librería de Rafael). Pero la inquietud crítica y social de Víctor radicaba sobre todo en las páginas que nos extractaba cuidadosamente (por su especial mordacidad) y que nos leía en voz alta, de la primera edición de las *Obras completas* de Pío Baroja, editadas por Biblioteca Nueva. A mí aquellos gruesos tomos que él tenía en su biblioteca me hechizaban por encima de todas las sorpresas que siempre suponían, para niños y jóvenes, penetrar en la casa y en el patio de Víctor.

Y estaba la radio, no de largo alcance todavía, pero que al anochecer nos traía la palabra de un periodista, Esteban Carro Celada. Con una palabra lírica e intensa despedía el día en un programa que contenía, a la vez, un gran sustrato informativo, formativo y cultural, pero traspasado siempre de un lirismo plenamente poético. Cuanto en aquel día había sucedido culturalmente —noticias, lecturas, músicas—, Esteban lo condensaba magistralmente en su programa, que llegaba siempre con las sombras del anochecer. Esteban tendría un triste final en 1974, pues moriría en un accidente de tráfico mientras transportaba los libros de su biblioteca a León, adonde iba a ocupar un cargo de profesor en la naciente universidad. La sintonía con Esteban continuaría incluso tras su muerte por medio de su hermano José Antonio, con el que coincidiría

con frecuencia, no mucho tiempo después, en los conciertos de Madrid.

De Esteban Carro recuerdo especialmente un gesto de generosidad. Fue el día en que se inauguraba en Astorga la estatua del poeta Leopoldo Panero. Autoridades, gentes más o menos célebres venidas de Madrid, la esposa y dos de los hijos del poeta tenían su sitio reservados en sillas y en lugares preferentes. Yo me hallaba perdido y de pie entre el público, pero Esteban me divisó, vino en mi busca y me sentó no lejos de los asientos que ocupaban la familia del poeta. ¿Por qué? La sensibilidad de Esteban afloraba incluso en estos pequeños detalles hacia un escritor naciente, que entonces no era absolutamente nadie. Bien es verdad que, muy poco antes, me habían premiado un cuento en la emisora que él dirigía, pero mi prestigio no llegaba entonces más allá.

*

En aquel acto de homenaje a Panero ya se intuían las tensiones y pruebas a las que el poeta iba a ser sometido. Por un lado, las displicentes y desdeñosas caras de la esposa y de los hijos (véase la triste y gris película de Chávarri) mostraban incomodidad extrema. En los discursos salió, por otro parte, la frase «¡Panero fue uno de los nuestros!», que encendió algunos ánimos; pero quizá el público, en medio de estas tensiones inútiles, simplemente pensábamos en los poemas que el poeta había escrito y en que su ciudad natal lo recompensaba con aquel homenaje. De Panero y los Paneros ya he dado mi sintética visión en el poema «Meditación en Castillo de las Piedras. L. P.». En aquel lejano acto los aspavientos del retroprogresismo ya comenzaban a hacer de las suyas y el resultado final fue la imagen que del padre se ha tenido hasta nuestros días. La edición de sus *Obras completas* en tres volúmenes, la restauración de la casa familiar y otros gestos de normalidad han comenzado a sacarlo del «purgatorio» al que fue arrojado.

De aquellos veranos de mediados de los años sesenta —cuando yo ya vivía en Madrid—, recuerdo también algunos encuentros con Juan Luis Panero, nada menos que ¡en las fiestas de agosto de La Bañeza! Yo había tratado muy poco a Juan Luis en Madrid, pero eran curiosos esos reencuentros en mi ciudad, cuando él llegaba de Astorga acompañado por alguna de sus tías, acaso de alguna de sus primas o de algún otro familiar. La Bañeza y Astorga, ciudades cercanas y complementarias, mal que les pese a algunos. Recuerdo nuestros le-

ves saludos e intercambios de palabras en la plaza Mayor o en la calle del Reloj, meramente indicativos de que nos conocíamos de nuestros encuentros en algún acto literario de Madrid, pero nada más.

En uno de ellos, le pregunté por la edición que su padre había poseído de los *Cantos* de Leopardi, con subrayados y anotaciones en los márgenes de Luis Cernuda; un libro que este leía mientras resonaban al fondo los bombardeos de la guerra en Madrid. Creo que ya entonces había comenzado el desmembramiento de la biblioteca paterna. Juan Luis levantó sus brazos entristecido y me dijo: «¡Quién sabe qué habrá sido de ese libro!». ¿Y del resto de los libros? ¿Y de la colección de pintura que había en la casa? Es curioso recordar hoy aquellos primeros encuentros circunstanciales con Juan Luis en una Bañeza bulliciosa y popular, en fiestas, fuera del ámbito capitalino en el que él ya ejercía como dandi.

*

En la deformación de la figura de Leopoldo Panero padre han tenido mucho que ver las dos películas que se hicieron sobre la familia, la segunda de ellas nacida, al parecer, de manera más acuciante por la falta de dinero de algún familiar. Recuerdo muy bien que me encontraba visitando a Alexandre al día siguiente de que este hubiese visto la película *El desencanto*. Vicente estaba muy airado. (He de confesar que solo lo había visto tan airado en otra ocasión, y fue unos años después, cuando mi libro *Sepulcro en Tarquinia* sufrió un paleta y acomplejado ataque —¡el único que este libro ha tenido!— por una persona que teníamos por amigo). Vicente me dijo que al llegar a casa, después de ver la película, cogió el teléfono y llamó a Dámaso Alonso. «¿Pero tú crees, Dámaso, que Leopoldo era así?», le preguntó. Dámaso se encontraba igualmente airado y le respondió con una radical y rotunda negativa.

Unos años después, durante uno de los cursos de verano en El Escorial, coincidí, de manera circunstancial, comiendo en la misma mesa, con Luis Rosales y su esposa y, tan minuciosamente detallada como contundente, me ofrecieron también su visión de la película y de su relación con los Panero. Al parecer, hubo un momento en el que los Rosales habían abandonado la sala del cine cuando fueron a ver la película. Seguramente la vida de un hombre no es algo coriáceo (hubo un Panero republicano y uno franquista condicionado por los avatares de la guerra; paradigma de ello fue también Juan, su hermano muerto en aquellos días); ni puede juzgarse a las

personas ciegamente por lo que beben o a los amigos por sus voces carrasposas. Hay también en esas amistades un sustrato de afecto y de vida literaria que se debe tener en cuenta y respetar.

Algo parecido sucede todavía hoy con las figuras de Álvaro Cunqueiro o Josep Pla; los que probablemente han escrito (y en dos lenguas) la prosa más exquisita de la posguerra española; pero la preponderancia de lo ideológico y la desinformación pueden aún más entre nosotros. No nos desprendemos del cainismo secular y hoy lo mantenemos incluso en los cambios del callejero. Para este tema, para la necesidad de una visión objetiva de Leopoldo Panero, es muy ilustrativa la lectura del libro que acaba de publicar el profesor Javier Huerta, *Gerardo Diego y la escuela de Astorga*, ¡casi cuatrocientas páginas!, dedicadas a poner de relieve cuál era la atmósfera literaria de Astorga, no solo en la década de los años cuarenta sino en las posteriores. ¡Astorga y aquella casa en la que el Leopoldo republicano había acogido tempranamente al poeta peruano César Vallejo!

En el tema del comportamiento de los hijos y del afán de «matar» al padre, jugaron un papel importante otros hechos que han sido poco valorados, como el que sobre ellos pesaba como una gran losa el que su padre hubiera escrito el *Canto personal* —impulsado, sin duda, por otras personas—, en respuesta al *Canto general* de Pablo Neruda. Esto es algo que unos escritores nacientes y rebeldes, como sus hijos, no pudieron admitir jamás en sus conscientes y en sus subconscientes. También es obvio que una figura como la de Felicidad Blanc poco tenía que ver con Astorga y sus campos, y que el desencuentro telúrico con las «raíces» de su marido se dio en ella por descontado. Difícil es comprender a una distinguida jugadora de polo entre las encinas y junto al palomar de Castrillo de las Piedras, en los ásperos y heladores paisajes de La Sequeda, donde precisamente radicaba la profunda memoria y la poesía de Leopoldo padre.

En el libro de Javier Huerta se describe en varios textos, de manera muy detallada, las últimas horas de Leopoldo Panero antes de morir. Cuando en mi poema sobre ese día yo hablo de «niños llorosos», refiriéndome a los hijos, es obvio que lo estoy haciendo con la creencia de que unos adolescentes, en circunstancias como aquellas, no pueden comportarse, y se comportaron, sino como niños. El proceso psicológico de «matar al padre» suele darse algo más tarde. En algunos, les dura toda la vida, como en el caso del pequeño de los hijos, quien declaró en una entrevista que su padre «fue un poeta de cuarta categoría». También en 1982 —cuando se cumplían los veinte años de la muerte de Leopoldo Panero— yo escribí un recor-

datorio del poeta en *El País*. Pocos días después me encontré en un bar con este mismo hijo, que me dijo sonriendo: «¡Te has pasado en los elogios!». Sin embargo, la imagen de Felicidad permitiendo la entrada de los campesinos a ver el cadáver de su marido estuvo llena de dignidad.

*

A veces, estanque, no eres tú el que reflejas lo primordial de mi pasado, sino la que yo reconozco como mi «biblioteca juvenil», la que he ordenado hace pocas semanas y que recoge los libros que tenía en la casa de mis padres hasta que regresé de Italia a finales de 1974. Hoy me parece que cada uno de esos libros primeros es un microcosmo que, desde su humildad, contiene no pocos secretos, de sus autores y míos. De esta biblioteca extraje hace poco algunos ejemplares que, de manera inconsciente, coloqué verticalmente en las estanterías de mi archivo, que es otro mundo paralelo al de esa biblioteca primera, la de la iniciación a la lectura.

Uno de ellos fue el volumen de *Literatura universal* que leía de adolescente como si fuese una novela. (Aquel libro, por cierto, que *ella* también leía cuando nos encontramos en un tren). Comenzaba aludiendo aquel volumen al *Ramayana* y al *Mahabarata*, a Homero, a las obras de los orígenes, y se cerraba con los grandes autores del siglo XX. Creo que hoy la asignatura de este libro está en crisis —como la enseñanza de las lenguas clásicas—, porque el estudio de la literatura universal se hace de manera muy parcial y es de libre elección. También extraje de las estanterías la edición juvenil de *Robinson Crusoe*; la versión, muy parcial, de *Las mil y una noches*, y la *Odisea*, delicadamente ilustrada por John Flaxman. Me parecía que volviendo hacia estos libros y poniéndolos en un lugar destacado, le daba protagonismo a cuanto pudo ser «semilla» literaria, origen fértil de mis lecturas, y que todos los demás libros de la biblioteca juvenil y de la posterior —la situada ahora en dos casas— contaban menos. «¿Por qué has hecho este gesto de ordenar, en estanterías aparte, tus libros de adolescencia y de la primera juventud?», me preguntaba. Y no sabía qué responder. Acaso —pienso en mi interior— porque deseaba seguir siendo el niño que fui.

Pero tuve entonces otro libro, acaso el primero, que no pude colocar verticalmente en la estantería, porque lo extravié y ya no existe. Pruebo a rememorararlo en verso y esta es su historia: